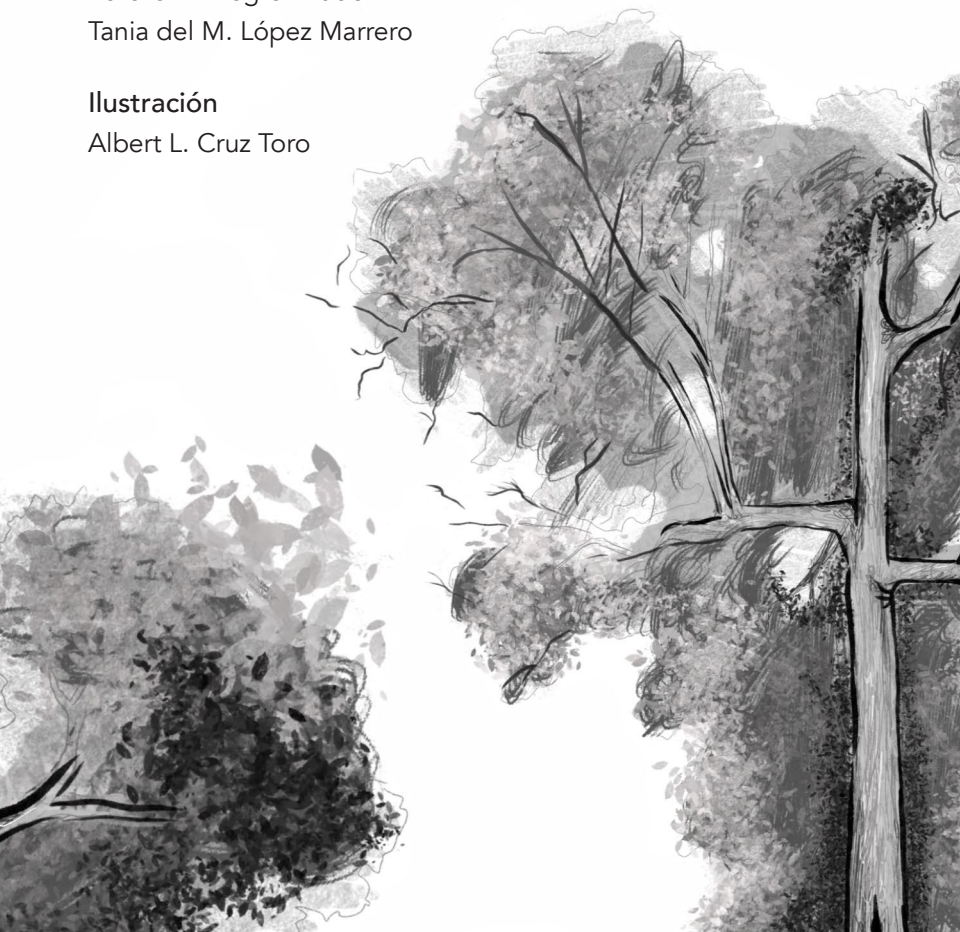
Cada árbol *tiene su* historia

Edición
Karelis D. Negrón Tudó
Tania del M. López Marrero

Ilustración
Albert L. Cruz Toro



Cada árbol tiene su historia

Cada árbol tiene su historia

Editoras

Karelis D. Negrón Tudó

Tania del M. López Marrero

Ilustrador

Albert L. Cruz Toro

Universidad de Puerto Rico, Recinto de Mayagüez
en colaboración con el Servicio Forestal del
Departamento de Agricultura de EE.UU.

2025

© Estela M. Cruz García, Albert L. Cruz Toro, Camila V. Flecha González, Joan E. Graniela Ramírez, Beverly J. Malugin Ayala, Camilla Molina Jiménez, Karelis D. Negrón Tudó, Mariela Robles Rivera, Valeria I. Sarriera Acevedo, Sabrina Z. Vélez González, Hernán E. Vega Camacho

© Tania del M. López Marrero, Proyecto *Bosques urbanos: Historias, usos y significados*

Edición: Karelis D. Negrón Tudó y Tania del M. López Marrero
Ilustraciones de interior: Albert L. Cruz Toro
Diseño de portada: Albert L. Cruz Toro
Maquetación: Cynthia L. Gotay Colón

Impreso en Puerto Rico

Tabla de contenido

Agradecimientos 9

Antes de comenzar 11

He tenido muchos nombres y mucho he vivido 17
Albert L. Cruz Toro

Con café, pan y aguacate en mano 25
Estela M. Cruz García

Cuerpo y Alma: Versados árboles urbanos 31
Hernán E. Vega Camacho

La naturaleza es la madre de la (re)invención 37
Beverly J. Malugin Ayala

Seyba, crónica centenaria 43
Camilla Molina Jiménez

Almendro en flor 51
Karelis D. Negrón Tudó

Carta a tío Johnny 59
Valeria I. Sarriera Acevedo

Semillero de sueños y aventuras 67
Camila V. Flecha González

Las palmas de mi infancia 73
Karelis D. Negrón Tudó
Sabrina Z. Vélez González

El pueblo del flamboyán 83
Joan E. Graniela Ramírez

Elegía al Guayacán 91
Karelis D. Negrón Tudó
Mariela Robles Rivera

Sobre los árboles que inspiraron las historias 94

Sobre los autores y las editoras 100

Agradecimientos

Agradecemos a las y los autores por compartir sus experiencias, historias e intereses al redactar los textos, a Albert L. Cruz Toro por el desarrollo de las ilustraciones y el diseño de la portada y a Cynthia L. Gotay Colón por la maquetación del libro. Valoramos el esmero, la dedicación y la paciencia de todas y todos durante cada paso en el desarrollo de este proyecto. Agradecemos también a Carmen M. Rivera Villegas por leer los escritos y proveer su comentario, y a Sally González Miranda por aclarar asuntos relacionados a los árboles y las palmas que se incluyen en el libro.

Este proyecto ha sido posible gracias al apoyo del Instituto Internacional de Dasonomía Tropical y el Programa de Forestación Urbana y Comunitaria del Servicio Forestal del Departamento de Agricultura de Estados Unidos.

Antes de comenzar…

Al mirarlos, aparentan ser solo un conjunto de troncos, ramas, hojas y raíces dispersos en el paisaje para nuestro beneficio. Meros productores de oxígeno, reductores de temperatura, estabilizadores de suelos, centros de investigación y de consumo… Al pensar en los árboles, nuestra línea de ideas, casi por instinto, tiende a dirigirse a los aspectos más convencionales que los constituyen: su nombre científico, sus características físicas, las condiciones ambientales en las que se desarrollan, entre otros datos técnicos contenidos en libros y revistas de ciencia. Pero ¿qué hay tras esa corteza? ¿Qué habita tras lo aparente y lo visible? ¿Qué historias silenciosas se recrean a escondidas en su interior?

Al aproximarnos hacia los árboles desde una perspectiva diferente, tales datos técnicos toman otro rumbo y vemos que los árboles que nos rodean entrelazan sus historias con las nuestras. Cada planta, ya sea que esté enraizada en un paisaje natural o en un entorno urbano, desempeña un papel vital en el

intrincado mapa que nos sostiene no solo a nivel ecológico, sino también social, cultural y personal. Así lo constata *Cada árbol tiene su historia*.

El libro registra las historias no contadas de los árboles; narrativas que les brindan otra voz, otro sentido. Como parte del proyecto *Bosques urbanos: Historias, usos y significados*, aborda lo ecológico desde una mirada ingeniosa y amena que complementa los acercamientos científicos que hay sobre el tópico. Es una colección de anécdotas, cuentos y versos de diferentes árboles en el ambiente urbano: el roble, el aguacate, el ficus, la ceiba, el almendro, la moringa, el mangó, el flamboyán y el guayacán. Incluye, además, dos plantas que, aunque no son árboles, forman parte del ecosistema urbano del que nos nutrimos: las palmeras y los bananeros. Se trata de un texto que subraya la importancia de los árboles tanto en la esfera ecológica como en el tejido social de nuestro país.

A lo largo de los escritos, el amor, la esperanza, la amistad y la familia se enlazan con temas como la pérdida, la nostalgia y la reinvención, parte intrínseca

de la experiencia humana. De modo que es una invitación a ver con otros ojos la noción que tenemos de los árboles y a aprender de las lecciones que nos ofrecen sobre resistencia, adaptabilidad y resiliencia en un mundo cambiante; a rememorar lo sobrevivido en pro de construir nuevas narrativas y, quién sabe, tal vez potenciales futuros. Esta colección es, además, un llamado a comprometernos con nuestro medioambiente en un esfuerzo por su conservación. Conforme se sumerja y dialogue con el texto, esperamos que se una a nosotros en este compromiso y nos ayude a escribir el próximo capítulo de *Cada árbol tiene su historia*.

Karelis D. Negrón Tudó
Tania del M. López Marrero

Cada árbol tiene su historia

Catalpa longissima

roble dominicano

He tenido muchos nombres y mucho he vivido

Albert L. Cruz Toro

He tenido muchos nombres. Muchos de ellos se me otorgaron en antaño, y ya, de tanto haber vivido, eluden mi memoria. Sin embargo, hay uno de ellos que no puedo olvidar. Clavado entre las ranuras de mi tosca piel hay una placa que, si no malinterpreto la lengua de aquellos que la colocaron, me asigna un nombre particular: el Campeón. "Ese es el campeón; el más grande de su tipo", decían mientras contemplaban mi alto y añejo cuerpo. No ha sido decisión mía, tampoco mi prerrogativa; esa tendencia de dar tantos nombres a todo lo que les rodea se ha vuelto una de las tantas peculiaridades humanas a las que me he acostumbrado.

Por mucho tiempo estuve separado de ellos. Aquella malla metálica que me alejaba de los caminantes, los conversadores y los observadores por fin ha desaparecido; sin embargo, todo se siente diferente. Quizá ha sido la obstrucción de la senda a mi lado o quizá la quietud y el repentino silencio en el cual viví por un largo periodo mientras aquella malla de alambres rodeaba mi viejo y entumecido cuerpo. Es distinto, pero quizá siempre lo ha sido. Esta renovada libertad solo me lleva a recordar… cuántos silencios he vivido, cuántos vientos he soportado y cuántos cuerpos cansados sobre mi tosca piel se han recostado. Mucho he vivido, y ante ello, solo puedo pensar en aquel nombre que me han dado, el Campeón.

Recuerdo el día del gran temporal de aquel devastador otoño. Qué dolorosos días en los que mi espacio, al cual estoy tan arraigado, ya no era el mismo. Mis fuertes cimientos no reconocían la cálida tierra recubierta de asfalto y concreto que los rodeaban. El sol ya no brillaba de la misma manera y el suelo no era húmedo, sino frío. Las amenas brisas que una vez

me arroparon fueron entonces ráfagas iracundas a las que a duras penas pude resistir, pero a las que muchos no sobrevivieron. El rugido del viento envolvió cada uno de mis brazos, abatiéndome, quebrándome y arrancándome hasta los más tercos. Recuerdo la calma después de aquel inolvidable evento, estaba apiñonado entre los escombros y los restos de mi cuerpo herido. Viví meses en la ausencia de aquellos humanos cuyas voces y andares nuevamente avivan mi espacio. Cómo olvidar su retorno y sus caras lánguidas que, por su abundancia, quedaron por siempre impregnadas en mi memoria. No eran tantas como antes, pero por lo menos estaban presentes.

Recuerdo cuando la tierra no cesaba de moverse, estaba inquieta, ya no deseaba contener más la energía que por tanto tiempo había reservado. Sentí el temor de los edificios. Sus estructuras, que tan formidables se presentaban ante sus creadores, se estremecían ante los arrebatos del antiquísimo suelo. Incluso yo, a pesar de mi robusta e imponente presencia, pude sentir aquel movimiento que irrumpió entre los suelos y que

recorrió hasta sacudir mis más profundas extensiones. Todo el lugar cargaba un aire pesado, como si advirtiese algo, un augurio de tiempos difíciles que me aislarían aún más.

Poco después de la gran sacudida, llegó aquella terrible enfermedad que llevó a lo que pensé que sería una interminable soledad. Ya no había gente. Los días se convirtieron en meses, y los meses en años. Sin duda, había quedado solo entre las mallas en las que se me habían confinado. La enfermedad alejó a los humanos de este lugar por el riesgo que suponía su cercanía. La proximidad entre ellos era de temer, y por esto, yo y aquellos de mi especie, quedamos abandonados en nuestro nuevo recinto selvático. Crecimos erráticos, como los de mi tipo que crecen a la distancia de las ciudades. Vivimos sin la ayuda de la mano humana, que suelen cambiar las direcciones de nuestro crecimiento por un supuesto bien mayor.

Contrario a mis erradas intuiciones, hubo un fin al aislamiento. No ha pasado mucho desde que volví a sentir su presencia. Luego de tanta soledad, no

fue difícil notar que los caminantes de raudos pasos, los conversadores con la resonancia de sus pequeñas voces y los observadores de miradas inquietas habían regresado. Por un tiempo cubrían la parte inferior de sus rostros, pero aún percibía aquella languidez en los ojos que cargaban desde la gran tempestad. Eventualmente, cesó la práctica de ocultar sus caras. Sin embargo, eran menos de las que recordaba; me pregunto qué habrá pasado.

No puedo evitar recordar, y el recuerdo, aunque abarca lo que parecería una vida de tristes vicisitudes, también contiene en sí una vida larga de sensaciones cálidas. Dicen que llevo aquí un poco más de medio siglo, aunque desconozco cómo llegué. No sé cómo logré ocupar este particular lugar lleno de tanta vida y, en ocasiones, repentinos silencios. En estos días puedo contar cómo mi reciente liberación ha convertido mi cuerpo, nuevamente, en la breve morada de los ojos curiosos. Me ha tornado en un lugar de encuentros efímeros que se dan bajo mi acogedora sombra. Me ha hecho el recipiente del sutil tacto de las manos blandas

y la fuerza de los firmes abrazos. Mis raíces son, como fueron en algún momento, el nicho que recibe los pies de los que se acercan a admirar desde abajo mi extenso cuerpo.

En efecto, he vivido largamente, y a pesar de mi vejez, sigo sintiéndome vivo. He tenido muchos nombres. La placa clavada en mi tronco es solo un vestigio de los varios que me han sido conferidos. Aquellos inquisitivos estudiosos me nombraron *Catalpa longissima*. Algunos me llaman *roble dominicano* haciendo alusión a uno de los lugares en el Caribe de donde provengo. Otros, que quizá no conocen mucho de mi casta, me llaman *roble* o simplemente *árbol*. Los que me midieron, me llamaron *Campeón*. Campeón por ser entre los más grandes de los robles de la tierra que habito. Campeón por mucho haber vivido y, aun así, seguir erguido en mi cuerpo provecto y marcado por el tiempo. Campeón por tanto haber soportado, desde los vendavales de la atmósfera hasta los estremecimientos de la tierra. Incluso, Campeón por haber resistido tantos momentos de soledad. Hoy, libre de mis confines, en

cercanía con los humanos, acojo con el más profundo aprecio cada nombre que he recibido.

Persea americana

aguacate

Con café, pan y aguacate en mano

Estela M. Cruz García

En silencio, admiro ese árbol de aguacate cuyo fruto me sustenta y me prepara para enfrentar mis últimas semanas de bachillerato en el Recinto Universitario de Mayagüez de la Universidad de Puerto Rico. No dejo de pensar que hace unos 35 años mi madre, quien en ese entonces era estudiante en el Colegio, compró en la Finca Alzamora un pequeño aguacatero para obsequiarle a mi abuelo. Juntos lo sembraron en el centro del patio, el corazón de mi hogar.

Mi abuelo siempre fue fanático de la agricultura y tenía como pasatiempo cultivar árboles frutales de todo tipo. Ese pequeño árbol de aguacate, sin embargo,

tenía un gran significado para él, pues fue el regalo de uno de sus mayores orgullos. Según me relata mi madre, cada día lo regaba y cuidaba con la esperanza de que algún día le diera frutos. Años más tarde, en la serenidad de la fresca mañana, me encuentro sentada en la hamaca de mi casa desayunando un café y un pedazo de pan con aguacate, cosecha de ese árbol… no puedo evitar pensar en el pasado.

Recuerdo que de pequeña tenía de mascota una cabrita enana negra de ojos amarillos brillantes llamada Dorinda. Mi abuelo se sentaba a los pies del árbol y le daba de comer una libra de pan cuando ella posaba sus patas delanteras sobre su regazo. A su sombra, y acompañados por la brisa tropical, no hacían falta palabras para entenderse mutuamente. Compartieron una relación muy bonita. Curiosamente, el camino de ambos culminó el mismo día.

Aquel coloso de sangre verde fue participante de mi niñez y florecimiento; sus ramas sostienen el columpio en el que por tantas horas jugué con mis primas. Recuerdo que hacíamos competencias de quién

se columpiaba más alto y se impulsaba más lejos… un desafío para ver quien rozaba el cielo primero. Y si el cielo dejaba de ser nuestro objetivo, entonces amarrábamos de donde pudiéramos sábanas y toallas para jugar a la casita e inventar coreografías de baile. A la hora de merendar, las tres nos recostábamos de su confiable tronco a tomar *Capri Sun* y a comer bizcochitos *Bimbo*. Incluso, en una que otra ocasión nos aventuramos a crear un perfume de aroma muy sutil con las hojas del aguacatero… ¡Cómo nos divertíamos!

Al despertar mi abuela se dirige hacia mí y se sienta a mi lado. Me cuenta que cada vez que mira el árbol ve a su esposo sentado en sus raíces y escucha las risas de aquellas tres niñas cuya energía era inagotable. Rememora las noches que pasaba a su lado en el patio mirando las estrellas. También le viene a la memoria las pláticas que mantenía con su hija sobre sus preocupaciones, ambiciones y sueños. Le pregunto qué es lo más especial de ese aguacatero, a lo que me responde con una sonrisa: "todo el amor que ha presenciado".

En el desayuno, compartimos uno de los primeros frutos que el árbol nos ha obsequiado. A pesar de su longevidad, nunca había fructificado… no pude evitar sentir que me está enviando un mensaje, como si me dijera que nuevas etapas se aproximan y que pronto veré los frutos de mi esfuerzo. Me hace pensar en mis luchas y, por ende, también en las suyas. Recuerdo cómo no estuvimos exentos de la furia del huracán María. En aquellas horas de terror, fuertes vientos rompieron muchas de sus ramas y expusieron sus raíces, levantando el suelo y condenándolo a crecer inclinado los años subsiguientes. Ahora, resiliente y lleno de vida, es ejemplo de perseverancia.

Siempre ha sido el núcleo de las festividades familiares; testigo de risas, intercambio de ideas e, incluso, discusiones. Ha presenciado la despedida de seres queridos, así como la llegada de nuevos integrantes. De sus frutos mi mamá ha preparado guacamole, aguacates rellenos y hasta uno de los flanes más cremosos y ricos que he probado. ¡Qué maravilla compartir estas delicias con la familia! Sus raíces han

saboreado el coquito de Año Nuevo; hasta debe saberse de memoria el *playlist* de parranda y los chistes mongos de mi tío. Sus ramas han servido de galería para que mi familia, amigos y vecinos puedan disfrutar de mis pinturas. Sus hojas son refugio del cantar de pitirres y turpiales, melodías que nos brindan paz y calma.

"Ya son las 7:00 a.m.", me dice mi abuela, "se te va a hacer tarde". Me envolví en la nostalgia, los recuerdos y las historias de las tres generaciones a las que este árbol ha acompañado. Es hora de despertar. Me despido de mi mamá y de mi abuela, recojo mis cosas; debo conducir hacia Mayagüez. Termino mi café y corto otro trocito de pan y aguacate para el camino. Solo resta seguir disfrutando de los frutos de este árbol y ver qué otros secretos pueda albergar o qué nuevas memorias faltan por crear.

Terminalia catappa

almendro

Ficus spp.

ficus

Cuerpo y Alma: Versados árboles urbanos

Hernán E. Vega Camacho

Se rumora que las olas de la noche son las que le dan vida a la costa de Aguadilla, pues sus aguas son capaces de despertar a los verdes colosos que merodean en las cercanías, guardianes del ecosistema que sirve de puente entre lo natural y lo urbano. La magia del oleaje construyó la estructura que todavía hoy cultiva la hermandad entre Cuerpo y Alma. Al majestuoso ficus le llaman Cuerpo por ser el pulmón de la plaza, y a su compañero, el pequeño almendro, le llaman Alma por ser el complemento de las huellas de su existencia. Dos árboles que se han dedicado a enseñar la esencia de la vida a través de las generaciones.

Un viernes estaba a punto de atardecer, cuando dos niñas, Kami y Lina, pedaleaban hacia lo que los aguadillanos llaman la plaza de la Casa del Árbol, ubicada en la costa, donde solían reunirse, como muchos otros, a darse un chapuzón para apaciguar el calor y a despejarse con la paz que emana del bosque urbano. Mas esta tarde estaba peculiarmente desolada; las nubes parecían anunciar tormenta. Por suerte, la intensidad de la brisa del mar despertó a los árboles de su letargo, y estos, se dirigieron a las niñas:

Una tormenta se acerca,
nuestras hojas lo presienten,
la nube está cerca,
corran si pueden,
o bien, adéntrense en nosotros:
somos refugio,
somos oxígeno,
somos vida…

Anonadadas con lo ocurrido, se miraron la una a la otra para confirmar que lo que habían escuchado era real, y, al menos, para ellas lo fue. Aquel silencio

sirvió como antesala para que se abriera paso la tormenta, por lo que Cuerpo y Alma extendieron sus ramas para sostener a las niñas todavía confundidas, todo con la intención de resguardarlas bajo su frondoso techo. Una vez a salvo de las inundaciones y de los iracundos vientos, pudieron entender y apreciar el vínculo sagrado. Desde ese entonces no fueron las mismas. Ahora no pasa un día sin que vayan a conectar con sus hermanos de sangre verde, a llevarles ofrendas y a devolverles aquel abrazo que les cambió la vida. En estos árboles, Kami y Lina encontraron un hogar. Se dieron cuenta, además, de que el chapuzón no era la única forma de compensar los calores.

¿Han sentido que aquí es más fresco?
Pues, así como somos oxígeno,
también somos la brisa,
la que se lleva y trae las enseñanzas…

Cuerpo y Alma velan por sus tierras y absorben cada enseñanza, son fuente de conocimiento sobre el ecosistema natural para el ser humano. Allí también las

niñas entendieron que por más que el viento se lleve las palabras, estas siempre llegarán a otro lugar. Son ecos destinados a florecer.

Somos las historias de antaño,
cada libro que deambula por los mares;
somos los residuos intergeneracionales,
los que prevalecen con el pasar de los años…

La madera también atesora historias, es como la piel para los tatuajes, el lienzo para la pintura o el papel para las metáforas. Desde el origen de sus anillos hasta su corteza revelan una biblioteca arcana, círculos concéntricos por los que el tiempo discurre a otro paso.

Cuerpo y Alma continúan sus roles como testigos y maestros de la costa. El compromiso sigue siendo el mismo, trascender de generación en generación. La bandera de resistencia ante el cada vez más desenfrenado urbanismo había sido plantada. Su casa se mantiene en pie de lucha y es símbolo de unión entre la humanidad y el medioambiente. Como humanos, debemos enfocarnos en cultivar la

hermandad, ya que es todo lo que tenemos, y solo así dejaremos este mundo en buenas manos. Si la intención se lleva a cabo con consciencia, lo demás se resolverá por naturaleza. Esa intensión debe venir tanto de adentro como de afuera. Es decir, tanto del Alma como del Cuerpo, que al unísono canta:

No nos vamos a ir,
plantaremos firme nuestros conocimientos,
para cuando seamos otra cosa
ya habremos dejado nuestro legado.

Que lo recuerde quien quiera ser libre,
entonces seremos vida eterna;
una libertad fugaz
forjándose eslabón a eslabón.

A aquellos que caminan esta senda,
queremos que hagan un compromiso con nosotros,
cuiden la vida de todos los organismos,
todos dependemos los unos de los otros…

Musa paradisiaca

guineo

La naturaleza es la madre de la (re) invención

Beverly J. Malugin Ayala

El corazón de Moca, la Capital del Mundillo, encarnó una historia extraordinaria que advino con el nacimiento de una valiente joven mocana llamada Adelina. A finales de la década de 1940, la pequeña Adelina y su numerosa familia dependían de su finca de café y de las zafras azucareras para su subsistencia. Desde muy temprana edad, tuvo que dedicarse a la tarea de apoyar a su familia. Como primogénita, asistía a su madre para "echar pa' lante" a sus diecisiete hermanos. En ese entonces, encontró una fuente de sustento en otro recurso de la agricultura: las matas de guineo que crecían en los alrededores de su hogar.

La planta ofrecía no solo alimento, sino también una sensación de abundancia en medio de tanta escasez. Su fruto se convirtió en un símbolo de esperanza y apoyo en tiempos difíciles… y el futuro se encargaría de confirmarlo.

Al crecer, Adelina formó su propia familia, sin embargo, los finales felices no siempre están garantizados. Se casó a los diecisiete años con un comerciante y producto de ese enlace tuvo tres hijas. Su matrimonio fue uno complicado, abusivo y lleno de tempestades. Mas su fe y su carácter inquebrantable fueron su guía hacia la salida de una relación sembrada en terreno infértil y que nunca tuvo oportunidad de florecer. Era momento de retomar el control de su vida. Se dio cuenta, nuevamente, del potencial de la planta de guineo para cambiar el rumbo de su destino. Después de todo, dicen que la necesidad es la madre de la invención. En este caso, tanto la necesidad como la naturaleza fueron impulsores de la reinvención de Adelina. Una tarde recordó la receta de pasteles puertorriqueños de masa de guineo que su madre

le había heredado. Es ahí cuando decide empezar a venderlos de manera independiente en el mercado local. Su versión del plato típico le ganó reputación culinaria y una clientela fiel. Las personas que regresaban semana tras semana a su puesto, sin saberlo, ayudaban a Adelina a redefinir su sentido de libertad. La planta de guineo, tan aparentemente frágil como ella, fue su sustento en una época donde mantenerse a sí misma siendo mujer divorciada era casi inaudito.

A medida que sus pasteles ganaban popularidad, Adelina pudo ahorrar lo suficiente para comprar un pequeño terreno donde construyó su casa; un hogar donde no faltaba nada, aún cuando no había de todo. Un sembradío de guineo rodeaba la casa y con el pasar del tiempo se convirtió en un símbolo de victoria tras su prolongada lucha personal. Adelina no solo había superado las adversidades de su infancia y juventud, sino que también había forjado un futuro brillante para sí misma y su familia. Su historia recordaba a todos que, incluso en medio de las circunstancias más desafiantes,

la tenacidad y la constancia pueden abonar el futuro con las hojas marchitas del pasado.

Treinta años después, Adelina continúa haciendo pasteles de masa de guineo mientras cuida la finca. La casa es sede de grandes fiestas familiares, faro de fortaleza y esperanza para las generaciones futuras. El fruto no era simplemente alimento cotidiano, fue también símbolo de solidaridad en su familia y comunidad. Representa la capacidad de adaptarse y reinventarse, superando obstáculos y limitaciones en una época de escasas oportunidades. Muestra de cómo un elemento aparentemente simple de la naturaleza puede tener un impacto profundo en la vida de una persona y su familia; tal cual fue el caso de Adelina.

Ceiba pentandra

ceiba

Seyba, crónica centenaria

Camilla Molina Jiménez

Esta es la historia de un árbol que lo fue todo. Ubicado en el parque que lleva su nombre, La Ceiba, en el barrio Cuatro Calles, Ponce, Puerto Rico. Se desconoce su edad exacta, pero se dice fluctúa entre los 500 años.

Miles de ojos me han observado. Sus intenciones han variado. Esta es la dicotomía eterna de ser un árbol en un mundo de humanos. Los primeros en conocerme me amaron, los taínos. Adoraban a sus dioses en mis pies y fueron ellos quienes me dieron mi nombre: *Seyba*. Fui para ellos la hija del dios cemí Ya-Ya, el Gran Espíritu. Venían a mí y colocaban sus manos en mi gran tronco para sentir como les transmitía energía y sabiduría.

Como puente entre la tierra y el mundo espiritual, me obsequiaban cerámicas y caracoles, cuyos restos encontrados años después sirvieron como recordatorio de mi trascendencia ancestral. Fui una diosa sagrada, fuente de vida para Borikén; y todavía lo soy.

Mi grandeza vio a los primeros colonos, así como a los africanos, llegar a nuestras costas. Sus rostros quedaron impresionados, quizás por la inmensidad de mis raíces o por las espinas que cubren mi tronco. Sin embargo, es la fuerza de mis cimientos lo que me ha protegido por décadas ante imposiciones de transformación. Eventualmente, a mi tierra fértil la llamaron Puerto Rico, y la dulce caña, el intenso café y el amargo tabaco perfumaron mi alrededor. Tras la fusión de tres culturas, me convertí en tribuna para la bomba y la plena. El baile y la algarabía se escuchaban desde el barrio San Antón. Aún siento como el ritmo de los tambores se mueve por mis raíces, como sangre por las venas.

Al jíbaro puertorriqueño tuve la gracia de conocer. Sin duda un sabio ejemplar en temas de la

tierra, el respeto y la valentía. No es coincidencia que la naturaleza nos conectó y nos engendró más resistentes que al resto. Junto al jíbaro definí la palabra patria y me nombraron el árbol nacional de Puerto Rico.

Durante temporadas ofrezco sustento para la fauna que me rodea. Con la puesta del sol abro mis flores y expongo su polen, convirtiéndome en un manjar atractivo para mis vitales polinizadores: los murciélagos. A lo largo del día disfruto la compañía de abejas, colibríes y mariposas que se posan sobre mis ramas para saciar su antojo de néctar.

Generaciones han encontrado inspiración bajo mi sombra y han retratado en su arte mi majestuosa figura. Soy la protagonista de artículos y ensayos científicos que intentan descifrar mis orígenes. Me denominan *Ceiba pentandra* y han encontrado a mis hermanos y hermanas esparcidos por múltiples regiones tropicales de América, Asia y África. Es curioso pensar que también soy emblema nacional de Guatemala, Sierra Leona y Guinea Ecuatorial. ¡Qué pequeño es el mundo!

Quedé plasmada en la eternidad por el pincel de Francisco Oller y Cestero, quien capturó mi cotidianidad en su primera pintura paisajista, *La Ceiba de Ponce* (1887-88). Incluso, dicen que fui la musa de Luis Palés Matos en su poema *La Ceiba* (1915). En sus versos parece describir lo más profundo de mi identidad matriarcal:

> …la ceiba es una madre, que sobre el río largo
> expande su paraguas enorme; y sin embargo,
> la ceiba tiene el tronco pletórico de espinas.

Con el pasar de los años, mis alrededores se transformaron en caminos de tierra, luego en gravilla y, eventualmente, en asfalto y concreto. La oscura y densa brea me rodea, me calienta y me pone a trabajar el doble para mantener la brisa fresca. Por un tiempo me entristeció recordar el ir y venir de quienes me amaron y me acompañaron. Árboles que alguna vez me rodeaban se convirtieron en flacos arbustos, luego reemplazados por grises verjas para mi "protección". A menudo me

pregunto sin encontrar una respuesta: ¿protegerme de qué?

En el 1984 crearon un parque en mi honor con un nombre poco creativo, pero no menos majestuoso: Parque Centenario de la Ceiba. En esa nueva etapa encontré paz, ya que recordé lo que alguna vez fui. Aquí soy el monumento principal, símbolo de la ciudad y punto de referencia y encuentro de la comunidad. Soy el centro de un parque donde han venido a mí por amor y compromiso. Sirvo de refugio y sombra. Bajo mis hojas y semillas con apariencia de nubes blancas se crea un paraíso protegido del sol y la lluvia. Aquí he recibido con manos abiertas a quienes buscan en mí socorro en las horas de almuerzo y durante fines de semana cada vez más calurosos. El aumento de la temperatura parecía ser esa la única constante.

Todo comenzó en la década de 1970 con la canalización del que solía ser mi colindante, el río Portugués. De hecho, este río se puede apreciar en la pintura de Oller, donde se percibe que no solo me nutría, sino que era de gran utilidad para la comunidad ponceña.

El moderno "remedio" para evitar inundaciones trajo consigo consecuencias devastadoras: quedé sedienta. Al no dejarme ni un riachuelo, esperaba grandes cantidades de agua para compensar su ausencia, pero la realidad fue otra. Sin árboles ni agua a mi alrededor, quede desamparada para enfrentar lo próximo: los huracanes. Sus fuertes vientos vencieron mis grandes ramas una por una. Su intensidad y frecuencia nunca vista, acompañada, además, por sequías periódicas me deterioraron rápidamente. Así, la comunidad se unió una vez más, pero esta vez con esperanzas de salvarme. Colocaron un andamio bajo mi última gran rama con la ilusión de que me ayudaría a sostener el peso de sus descuidos; como las muletas de un herido en una guerra destinada a perder. Ya era tarde, no podía más.

Fue una lucha inevitable, pero honorable. El majestuoso follaje de mis ramas que alguna vez tocaron el cielo ya no existe. Las espinas que me protegieron contra invasores han desaparecido, mas las raíces que se extendieron por más de cinco metros han dejado surcos enormes en la tierra. Quisiera pensar que de la

misma manera quedé grabada en la memoria de todo aquel que me vio en mis momentos más gloriosos.

A finales de 2021, Puerto Rico recibió la triste noticia de mi partida. Fui más que un árbol, fui historia, patria y paradigma. En mí queda plasmada la crónica de nuestros antepasados y los sucesos claves para la creación de nuestro pueblo. Un modelo latente del valor de un árbol, no solo por su importancia en el ecosistema, sino como símbolo cultural y social.

La conmovedora historia relatada en esta crónica nos sirve de advertencia para escuchar el grito de ayuda que exclama la flora y la fauna de Puerto Rico ante las acciones humanas en su contra. Al igual que Seyba, los ecosistemas naturales de nuestra isla continúan siendo impactados por la construcción desmedida. La respuesta ambiental es inminente y está en nuestras manos trazar el futuro de nuestra tierra, como lo hizo Seyba por más de 500 años.

Terminalia catappa

almendro

Almendro en flor

Karelis D. Negrón Tudó

El almendro es uno de esos árboles que florece antes que los demás; cuando el resto todavía duerme, él se levanta para recibir el inicio de un nuevo año. En 1890 Vincent Van Gogh pintó "Almendro en flor" para su sobrino recién nacido, como símbolo de vida. La obra fue una oda al renacer, al comienzo de otra primavera que sepulta al invierno. Van Gogh murió poco después, sin embargo, su legado continúa despertando la pasión y admiración de quienes son capaces de ver más allá de lo mutilado, de enmarcar los borrosos trazos del futuro.

Todo esto me recuerda la historia de un árbol urbano en Isabela, uno de estos catalogados "accidentes geográficos" que intentan acomodarse a las exigencias

arquitectónicas de aquellos que, a diferencia de ellos, no han tenido que ajustar sus pies al cemento. Pero, ¿quién es el verdadero accidente, el árbol o el concreto? Tal vez los Rodríguez tengan algo que decir al respecto…

El árbol de almendro ha acompañado a la familia Rodríguez desde hace cuatro generaciones. Más de cincuenta años atrás fue sembrado en el Jardín del Noroeste por el patriarca de la familia, y en poco tiempo se convirtió en su punto de encuentro preferido. Los niños salían de la escuela para ir a comer el fruto que les ofrecía bajo su sombra, mientras los vecinos se sentaban al atardecer en su regazo a cultivar una amistad más profunda. Conforme él y los Rodríguez crecían, memorias se fueron anclando en lo que antes era un pedazo de tierra baldía en medio de la matriz urbana.

Casas, casas, terreno, casas, casas. Luego, casas, casas, Almendro, casas, casas. Más adelante el vecindario finalmente se estableció como casas, casas, festejo, casas, casas. La pequeña urbanización de aquella época transmutaba junto al árbol que con

cada nuevo abril parecía proclamar que estaba hecho de fiesta y baile. No había celebración que no sucediera bajo sus floridas ramas. El viento murmuraba "magia, magia, magia". Pero, la primavera no dura para siempre y el voraz otoño ha de llegar tarde o temprano...

En otoño de 2017 un huracán insaciable devoró a la Isla. El Almendro fue derribado por las impetuosas ráfagas o, mejor dicho, fue masticado y escupido por el huracán. Sus raíces quedaron expuestas, sus ramas destrozadas y sus hojas estaban esparcidas por todo el lugar. El alma de la fiesta había perecido. No había forma de volver. No se trataba de un diagnóstico, ya lo habían dado por muerto… igual que a nosotros, igual que al resto de Puerto Rico.

El árbol se secó con el pasar del tiempo. Parecía que de él solo quedaban los recuerdos marchitos del pasado, ya no estaba hecho para el presente. Era una reliquia expuesta para apelar a las memorias y a los sentimientos del ayer; una mera silueta en el paisaje, sombra de lo que alguna vez fue. Los Rodríguez decidieron aceptar el destino del único árbol de

almendro en la zona: era momento de decir adiós al que por tantos años había sido su amigo. Mas ellos ignoraban que su silencio no era producto del rigor mortis, sino de una profunda catalepsia.

Preparados para llevar a cabo los ritos fúnebres de la poda, fueron sorprendidos por unos frágiles capullos que adornaban el suelo. Entonces, hicieron algo que durante meses se prohibieron: levantaron la mirada. Sus cuellos, habituados a lo torcido, crujieron, y sus ojos, acostumbrados a la penumbra, se achicaron, pero en ningún instante dejaron de mirar hacia arriba, hacia el árbol. Lo que inició como una despedida se convirtió en bienvenida, en festejo, pues el Almendro, rodeado de pequeños retoños, una vez más les saludaba. La vida, que durante tanto había permanecido dormida, por fin volvía a anunciarse.

La caída fue motivo de cambio, no causa de olvido. Lo que muchos pensaron sería su final, fue un nuevo comienzo. Adaptación, resiliencia, milagro, o como prefieran llamarlo. El árbol se convirtió en un símbolo tácito de esperanza, de perseverancia, de amor.

Esperanza para el caído, perseverancia para el que lucha y amor para el que se levanta. Renuevos brotaron del tronco caído y murmullos del trino silenciado.

Él ha sido testigo del paso de innumerables fenómenos atmosféricos. Superó a más de una docena de huracanes desde los años 70. Sin embargo, en todas sus décadas de vida ningún evento natural lo había afectado tanto como ese huracán come sueños, y, por lo mismo, tampoco había tenido la oportunidad de desafiar su propia fortaleza. Toda caída es una oportunidad para levantarse, todo fracaso es una ocasión para volver a intentar. Es un luchador, como el pueblo puertorriqueño.

Al sobrevivir al desastre pasó de ser una simple silueta en el espacio urbano a ocupar un papel protagónico en la comunidad. No hay cumpleaños, aniversario o convite importante que no se celebre bajo su ahora curvo tronco. Su espalda arqueada constituye un puente de fantasía entre la vida y la muerte, como si lo hubieran sacado de algún cuento de hadas. A pesar de su torso inclinado, sigue creciendo en dirección al

cielo. El Almendro es más significativo hoy con sus curvas asimétricas y arrugada corteza de lo que fue en el pasado con su juventud intacta. En él está escrita la palabra FUTURO. Regresa cada año a devolver el colorido a los campos, como una pincelada nueva en un cuadro yermo. Una mancha brillante y llena de esperanza en el lienzo de la vida.

Y una vez más el viento murmura "magia, magia, magia"…

Moringa oleifera

moringa

7 de noviembre de 2023.

Querido tío Johnny:

Se dice que la moringa lo cura to', que es una sanación en pote, la alternativa casera. Cuando sembraste ese árbol de moringa en el patio hace más de diez años, ¿tú sabías eso? ¿Sabías todo lo bueno que ofrece?

Al mirar el árbol, no puedo evitar pensar en ti. Tengo muchas dudas que sé que nadie me va a poder contestar. Es que nadie me hubiese contestao' mejor que tú mis curiosidades acerca de la moringa. Siento que esa oportunidad se fue cuando tú te fuiste. Buscando por aquí y por allá, me he enterado de un par de cosas sobre este árbol; como el hecho de que sus hojas, al igual que mis recuerdos, son perennes.

Se dice que sus hojas, frutos y semillas, cuando se consumen, brindan sanación para una variedad de condiciones. Esto se logra al moler las hojas y semillas en un polvo muy finito que luego se convierte en

tabletas para poder ingerirlo. También se puede mezclar el polvo con líquidos y beberlo. En otros casos, se dice que hasta se puede untar sobre la piel. Pero cuidao', ¡las ramas y raíces no!, dicen que pueden ser tóxicas si no se manejan bien, así que, ni te acerques. Ahora, sabiendo toa' esa información, vuelvo y me pregunto: cuando sembraste el árbol, ¿sabías to' eso? ¿Sabías lo bueno que tiene por ofrecer? ¿Sabías que todo eso iba a pasar? ¿Lo plantaste por eso? ¿Lo plantaste por ti?

Recuerdo que de pequeña me encantaba estar en tu casa por todo lo que significaba para mí. Rememoro estar en la cocina viendo a Juanqui hacer un desorden al hornear y decorar mil bizcochos y *cupcakes*; todo lo necesario pa' levantar su negocio. Si supieras lo bien que le va hoy día. Me acuerdo cuando tití Mara venía a buscarme a la escuela en aquel carrito azul en el que no cabía ni un alma más. Ansiaba llegar a tu casa. Me acuerdo que sacaba el *Gamecube* solo pa' interrumpir tu pasatiempo de arreglar consolas y pedirte que jugaras conmigo el mismo juego *otra vez*.

Recuerdo estar obsesionada con el patio de tu casa e imaginar una variedad de plantas conquistar el espacio alrededor del árbol de moringa.

Pero… también me acuerdo cuando mami me dijo que ya no podía visitarte tan a menudo porque te sentías muy mal. Tití se veía cada vez más preocupá, mas me decía que todo iba a estar bien, que ella te hacía batidas medicinales. Sin embargo, recuerdo que ya no podías jugar conmigo, que ya no pasabas por el patio para imaginarnos un verdor más amplio al lao' del árbol de moringa. Ya no me paseaba por la casa; tú también dejaste de hacerlo.

Era chiquita y no sabía lo que pasaba, pero todo iba a estar bien, ¿no? Tití me dijo que ella te daba medicina; si era moderna o natural, no lo sé. Pero, pensándolo ahora, no creo que ningún tipo de medicina pudiese con el cáncer que te consumía. Sin embargo, una década más tarde, me doy cuenta de que el bendito árbol de moringa estaba allí por una razón. Que cuando lo sembraste sabías todo lo bueno que

tenía por ofrecer. Quizás, de cierta manera, sabías que todo eso iba a pasar. Quiero pensar que lo plantaste por eso, lo plantaste por ti, por mí y por todos.

El árbol de moringa ha visto muchos cambios desde que tú ya no estás, pero sigue cumpliendo, diligentemente, su cometido. Hace unos años, cuando estaba en *high school*, a papi le diagnosticaron cáncer. Puedo decir que para mi familia el tiempo se paralizó. En ese entonces, tití Mara le ofreció hojas de moringa a papi; pero él, médico al fin, las rechazó. Decía que el tratamiento médico—o sea, la medicina moderna—era lo único que podía combatir el cáncer. Como un año y pico después, se curó. Nuestra alegría no podía contenerse.

No obstante, el cáncer regresó. Al ser estudiante del Colegio, sentía que las tres horas de viaje entre San Juan y Mayagüez no valían la pena; pensé en transferirme a la IUPI. Hasta los exámenes y las tareas, de ser ejercicios ineludibles, pasaron a ser cosas que simplemente se podían ignorar. Estaba aturdida y

confundida, ¿por qué *otra vez*? ¿Cómo es posible que regrese esa terrible enfermedad? Vi cómo mi padre envejeció diez años en tan solo tres meses, cómo se debilitaba hasta el punto de costarle caminar; llegó un momento que ni levantarse podía. Sentí como poco a poco el mundo se nos hacía pedazos. El cáncer llega y arrebata a la gente de la vida; quita pasiones, ilusiones, sueños, metas y amores.

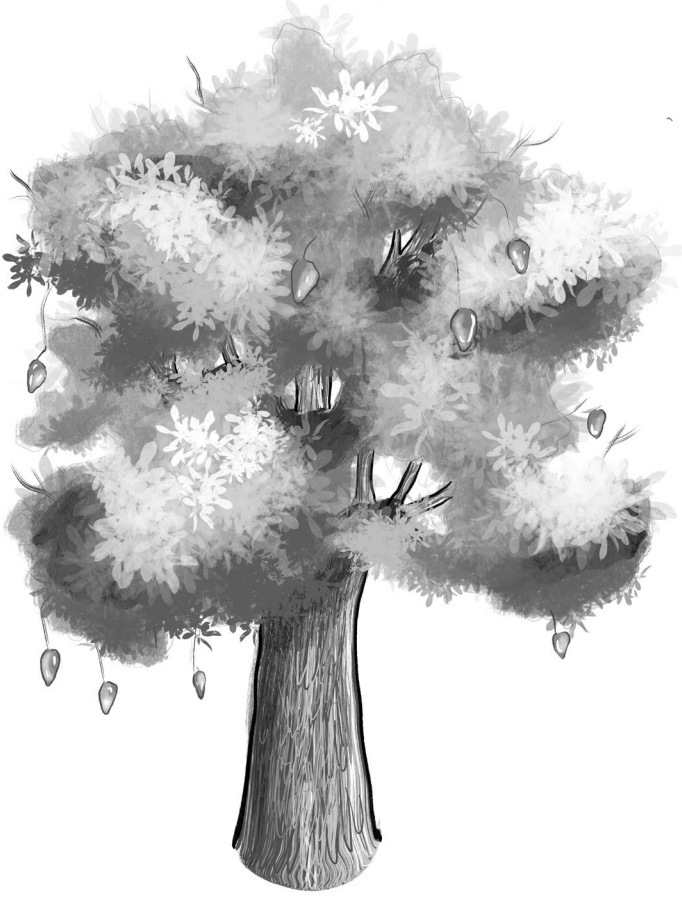
Esta vez, mami y yo le rogamos a papi que tomara las benditas hojas de moringa, que lo intentara, que para eso estaban. Que tú habías plantao' el árbol de moringa para eso; por ti, por mí y por todos. Titi nos daba una cantidad de hojas cada mes y él, con las "muelas de atrás", se las tomaba en una batida, de la misma manera que titi te las daba a ti.

Hoy, mi padre se encuentra recuperado del cáncer. Se lo atribuyo tanto al tratamiento médico convencional como a ese remedio que la madre naturaleza nos da… aunque él no lo quiera admitir. Tío, tal vez no viste el árbol de moringa llegar a su máximo

potencial mientras estabas con nosotros, pero ten por seguro que se le ha dao' candela. Verdaderamente, fue una sanación del patio pa' la casa.

Te extraño,

Valeria



Mangifera indica

mangó

Semillero de sueños y aventuras

Camila V. Flecha González

Si alguna vez te preguntas cómo era de pequeña, imagíname trepada en un árbol de mangó intentando alcanzar el cielo, el sol, la luna y todas las estrellas que les hacen compañía. Vestida de colores vivos y brillantes, apuesto a que nunca habías visto tantos matices en una sola personita. Los rizos incontrolables de mi cabello azabache son adornados por un gigantezco lazo rojo, como símbolo de mi valentía. Con dicha combinación de amuletos mágicos, sembraba fantasías y semillas oníricas entre los surcos de mi infancia y las raíces de un árbol que siempre apelaría a mis memorias.

Un cometido como este no se intenta en cualquier árbol. ¡No!, para esto se necesita uno extraordinario y único, nacido del amor de alguien especial. ¡Ese es!, el árbol de mangó sembrado por las manos gentiles y cálidas de mi abuela materna en el jardín de su casa en Condadito Viejo.

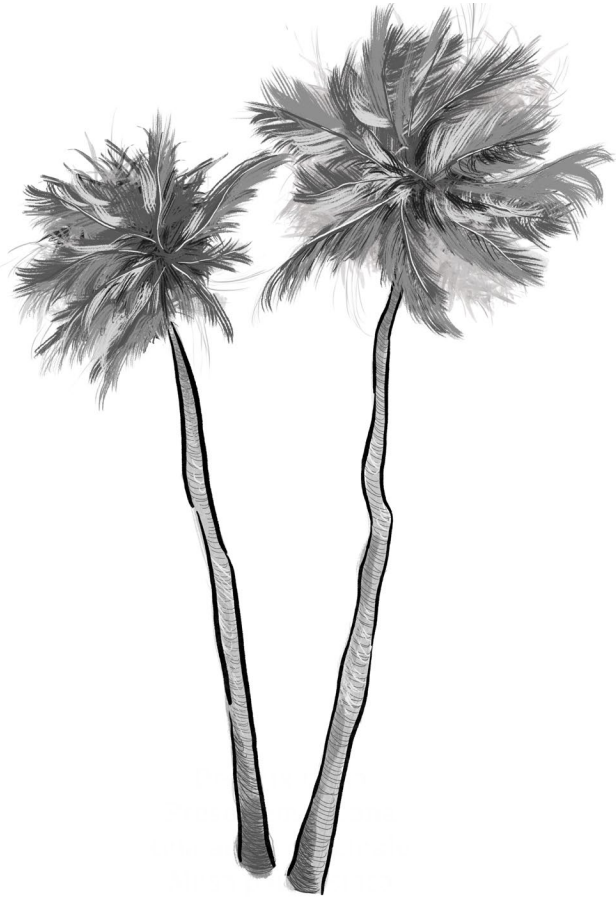
Recuerdo que a través de sus ramas logré llegar hasta la Vía Láctea, la Andrómeda y el infinito indescubierto. Viajé cientos de años luz hasta que, como el Principito, me topé con un planeta enano abandonado. Al llegar, me encuentro con un paisaje desolado, a excepción de un capullo amarillo débil y marchito. Pero marcesibles y frágiles somos nosotros y no por eso desfallecemos en soledad. El capullo solo necesitaba cariño, compañía y calidez para volver a florecer. Mis cuidados y afectos propiciaron su florecimiento y, junto a ella, brotaron otros retoños. Resplandecían como brillantes soles. Como muestra de gratitud, la flor me obsequió una semilla para llevarla conmigo de vuelta a la Tierra. Ahora, flores amarillas crecen alrededor del árbol de mangó de abuela y se acompañan mutuamente.

Después del largo viaje, aterrizo en tierra firme con mi cabello aún lleno de escarcha de estrellas. Allí, en la casa de mi abuela, dirijo la mirada a mi costado, veo a mi hermanito y me alegro. Parece que él también regresó sano y salvo de su propia aventura. Me cuenta que, acompañado de dragones, defendió al reino, o mejor dicho al árbol de mangó. Tras la avasalladora victoria, las gentes encendieron los rojos frutos del árbol de mangó como antorchas para celebrar su retorno.

Como si predijera el futuro, sabiendo que luego de las travesías arbóreas ambos necesitaríamos reabastecer fuerzas, nuestra abuela busca un mangó del mismo árbol que nutría nuestros sueños y fantasías. Con amor, lo cortaba en rebanadas y lo servía en la vajilla de cerámica con flores rosas y azules que tanto nos gustaba. Ella siempre reservaba lo mejor para su par de valientes aventureros. Sin lugar a dudas, si la casa fuera un ser viviente, este árbol sería el corazón.

Años más tarde, daría lo que fuera por escalar el árbol junto a mi hermano, agarrar un mangó y comerlo desenfrenadamente en aquella avenjentada

cocina. Tristemente, ya no puedo hacer eso, ni la casa, ni el árbol, ni la mente de mi abuela están a mi alcance para recrear dichos momentos. Solo espero que en una de mis tantas aventuras arbóreas, haya esparcido suficientes semillas de sueños para nunca olvidar esos recuerdos tan especiales y llenos de felicidad que nos brindó el árbol de mangó.



Cocos nucifera

cocotero

Las palmas de mi infancia

Karelis D. Negrón Tudó y Sabrina Z. Vélez González

A simple vista son solo palmas, ni siquiera árboles. A veces ni pensamos en el valor que puedan tener. Así me pasaba con los "intentos de árboles" que se encuentran en la casa adyacente a la mía: dos palmeras que parecieran jugar a ser lo que no son. Y es que siempre he pensado que las palmas desean ser árboles. Ensimismada, me perdía en esta clase de cavilaciones, sin apreciar los beneficios que pudiesen ofrecer. Mas cuando se está en contacto con la naturaleza nos podemos percatar de varias cosas. De las pequeñas flores que crecen en el jardín, casi imperceptibles; de las caprichosas enredederas que se cuelan a través de verjas y paredes, porque no reconocen los límites que

les imponemos; y de los árboles que, sin dar un paso, conquistan hasta los espacios más recónditos. Están por doquier, inclusive en las junglas de concreto, pues Puerto Rico es tierra fértil de costa a costa.

Tener un árbol propio brinda bendición, orgullo y felicidad. De niña me encantaba jugar a sus alrededores, pero por desgracia eran como amigos ausentes, pues el patio de mi casa no contaba con ellos. Afortunadamente, los árboles de mis vecinos se inclinaban hacia mi jardín y jugaban conmigo. Recuerdo que la casa del lado izquierdo tenía un arbusto de uvas playeras que creaba con la caída de sus frutos una hermosa alfombra morada. Mientras, en la vivienda del lado derecho se erguía un naranjo del que a veces recogíamos sus escasos frutos. Sin embargo, los "árboles" que más me fascinaban eran las dos palmas que se encontraban en la casa posterior a la mía. Eran tan y tan altas que juraría que podrían tocar las nubes; hasta llegue a pensar que se asustaban de su propia altura. A esa edad, cuando la imaginación rebasa por mucho nuestro tamaño, me imaginaba en la cima de las

palmas observando el pueblo de mi infancia reducido al tamaño de mis manos.

Aquellas palmas han crecido conmigo. Cada vez que salía a jugar con mi perro, siempre disponíamos de un espacio privilegiado para descansar bajo su silueta. En aquel entonces, tenía la concepción errónea de que las palmas solo hacían eso, proporcionar un poco de sombra. Sin embargo, con el transcurso del tiempo me fui percatando de cómo las palmas fungían de nexo entre la ecología, la historia y la cultura…

Una tarde, mientras me refrescaba bajo la sombra de las palmeras, absorta en mis pensamientos, un leve sonido llegó a mis oídos desde la casa del vecino. Era la voz de una locutora de radio, narrando algo que, por alguna razón, llamó mi atención. El suave zumbido de las palmeras meciéndose con la brisa parecía hacer eco de sus palabras.

> *Saludos a todos los oyentes que nos sintonizan en esta tarde. Mi nombre es Olivia Figueroa y como todos los jueves les traigo una nueva*

edición del programa "Cada árbol tiene su historia". Hoy hablaremos sobre un interesante libro de reciente publicación, Árboles nuestros para la supervivencia, de la investigadora y educadora etnobotánica María Benedetti. El libro presenta información sobre la historia y las bondades de 31 árboles y tres palmas nativas de las Antillas y parte del continente americano. En el segmento de hoy nos enfocaremos en un grupo de plantas que han habitado durante miles de años en climas tropicales: las palmas. Conoceremos sobre tres palmas de las que habitan nuestro archipiélago: la palma real, la palma de corozo y la palma de sombrero.

Antes de comenzar, ¿sabías que, a diferencia de los árboles, las palmeras no tienen tejido vascular organizado en el tallo y no forman madera? Por eso no son árboles y algunas crecen altísimas, pero nunca ensanchan. Sus delgados troncos no aumentan de grosor, por lo que una palmera de 20 años seguirá teniendo

el mismo diámetro que cuando era más joven, aunque siga creciendo cada vez más. Curioso, ¿no?

Miré las palmeras a mi alrededor, notando que su diámetro no cambiaba. Sonreí, pensando en lo mucho que esos troncos aparentemente delicados habrían soportado a lo largo de los años, sobreviviendo a temporales, sequías y a mucho más, cuando de repente la locutora continuó:

Algunas palmas pueden soportar fuertes vientos huracanados. Su forma y flexibilidad, además del firme anclaje de sus raíces, ofrecen una resistencia incomparable.

Mientras escuchaba, recordé el año 2017, cuando el huracán María azotó la Isla. Las violentas ráfagas y las intensas lluvias arrasaron con todo a su paso. Veía las pencas de las palmas de mi infancia danzando en el viento, aferrándose a su tronco sin deseo

de despedirse de su ser. Después de la gran devastación, las palmeras seguían de pie. A pesar de su delgadez y frágil apariencia, ellas resistieron la furia del temporal. Su sobrevivencia permitió la supervivencia de otras especies; pues, mientras el hábitat se regeneraba, fueron sustento para la fauna que, desesperadamente, buscaba alimento y refugio en el desolado paisaje.

Fue en ese momento cuando sentí la inesperada necesidad de verlas con nuevos ojos, valorando el lugar que han ocupado en los anaqueles botánicos del país. Entonces, después de una pausa la locutora anunció:

> *Para todos los residentes de Corozal, sepan que la palma de corozo dio nombre a su municipio: lugar de muchos corozos. Esta palma espinosa, con su estirpe dividida horizontalmente por delgadas espinas negras, era una fuente natural de agujas y punzones que usaban los taínos para pescar, coser y fabricar artesanías. Sus semillas, conocidas como guanabinas, se usaban para hacer collares de valor religioso, mientras que los artesanos contemporáneos*

elaboran sortijas y otros accesorios con ellas. Incluso, históricamente, la palma de corozo ha proporcionado aceite con fines culinarios, medicinales y ceremoniales.

Imaginé a los taínos en otrora, usando las palmas de maneras que nunca había considerado. La palma de corozo que he notado ocasionalmente, ahora tiene una historia de fondo fascinante. Su tronco espinoso, que me había parecido intimidante, era una herramienta de utilidad para la gente que vivía en la Isla.

Puerto Rico también cuenta con la palma real, continuó Figueroa, conocida tradicionalmente como la palma de yaguas. Su capa externa (lo que algunos llaman corteza) fue utilizada por nuestros tatarabuelos para construir casas y muebles, y sus vainas fibrosas, o yaguas, se utilizaron como techo y paredes para las chozas. Estas mismas yaguas se convirtieron más tarde en juguetes para los niños, actuando como trineos tropicales. Quién lo diría, ¿no?
Por último, dijo la locutora, tenemos la palma

de sombrero, que se usa tradicionalmente para hacer sombreros de paja y cestas en Puerto Rico. Aunque su corteza no es tan duradera, se ha pulido y se ha usado para hacer mesas y otras pequeñas artesanías. A pesar de no ser tan conocida por sus propiedades medicinales, esta palma ha dejado su huella en las manos de los artesanos puertorriqueños a lo largo de la historia.

A medida que el programa finalizaba, sentí una conexión renovada con las palmas de mi infancia. Eran más que un simple trasfondo de mis primeros años: eran símbolos vivientes de la fuerza y la historia de mi Isla, parte de nuestra cultura. Cada vez que vuelvo a casa, mi atención se dirige a ellas. En cierto modo, las veo como instancias de perseverancia ante la adversidad. Pienso que mientras ellas sigan en pie, todo lo demás ha de estar bien.

Entonces, empezó a sonar el típico estribillo que marca el final de la transmisión y no pude evitar

pensar que… a simple vista son solo palmas, ni siquiera árboles, pero si te sientas a su sombra y escuchas lo que la naturaleza tiene por decir, te percatarás de que hay mucho más detrás de esa aparente sencillez.

Delonix regia

flamboyán

El pueblo del flamboyán

Joan E. Graniela Ramírez

En un tranquilo pueblo llamado Cabo Rojo, rodeado de verdes colinas y una costa cristalina, vivía una curiosa niña llamada Guaili. Desde que tenía uso de razón se cuestionaba por qué su pueblo llevaba ese nombre. Un día, finalmente, le preguntó a su abuela. Ella le dijo que no sabía de la procedencia del nombre, pero le gustaba pensar que era por el árbol de flamboyán y por una historia que había escuchado en su infancia. Con los ojos brillantes de emoción, procedió a contarle a su nieta la cautivadora narración.

La historia se remonta a hace más de un siglo, cuando el color rojizo comenzaba a apoderarse de nuestro pueblo. En ese entonces los trabajadores de las

salinas estaban desesperados por encontrar una sombra que los cobijara del ardiente sol que los azotaba durante su faena diaria. Un día, mientras uno de ellos cortaba la hierba con su filoso machete, se percató de un pequeño tallo con hojas compuestas que estaba creciendo en la orilla del camino. Sin saber qué tipo de árbol era, decidió no cortarlo con la esperanza de que algún día les proveyera la sombra que tanto ansiaban.

El retoño, sin cuidados ni permiso, fue creciendo y fortaleciendo su tronco hasta convertirse en un flamboyán frondoso de copa ancha, cuyas ramas y hojas brotaban vigorosamente. Con el transcurso del tiempo, hizo suyo el anhelo de los trabajadores. Para ellos, ese árbol era un regalo del cielo. Lo hicieron su punto de encuentro; allí descansaban, tomaban café de su termo y compartían el zumo de la caña de azúcar. Allí también, bajo su sombra, surgieron muchas conversaciones, amistades y hasta algunas historias de amor.

Poco a poco, las personas desarrollaron un apego hacia el flamboyán. Sin embargo, no fue hasta

su floración cuando comenzaron a sentir una inmensa devoción hacia él. Sus llamativas flores de cinco pétalos, como rubíes, adornaron la copa del árbol, y mientras caían creaban una colorida alfombra en los alrededores que cautivaba la mirada de todos. Desde ese momento, las personas comenzaron a llevarse las vainas con las semillas para compartirlas con sus vecinos y sembrarlas en sus hogares.

Años más tarde, las montañas, los llanos y las costas de la punta suroeste de Puerto Rico quedaron cubiertos por este grandioso carmesí. El flamboyán se distinguió no solo por su belleza, sino también como símbolo de hospitalidad y de amor. El colorido paisaje, producto del intenso matiz de los flamboyanes que se reflejaba en los cristales rosáceos de las salinas, bastó para que los pobladores bautizarán al pueblo costero como "Los Cabos Rojos".

Guaili escuchó con asombro el relato de su abuela, sumergiéndose en la ingeniosa anécdota de su pueblo. Cuando la narración llegó a su fin, con emoción miró por la ventana al flamboyán que había en su

patio. Contemplar su esplendor despertó nuevamente su curiosidad. Entonces, preguntó a su abuela si su adorado flamboyán tenía alguna historia. Sonriendo, su abuela la miró y respondió: "Pensé que nunca me ibas a preguntar". Con ese comentario, inició la narración de la historia de amor más hermosa que Guaili había escuchado…

Hace muchas décadas su bisabuelo laboraba en las salinas y, al igual que el resto de los trabajadores, apoyaba su cansado cuerpo sobre uno de los tantos flamboyanes que había en la zona. Su bisabuela vivía en las cercanías y por las tardes, cuando las personas regresaban a sus hogares, disfrutaba del atardecer mientras leía un libro recostada del tronco del colorido árbol. Un día, su bisabuelo olvidó su termo de café bajo el árbol, pero no se percató hasta que había llegado a su casa. Decidió regresar a buscarlo y fue en ese momento que se encontró con la mujer más bella que sus ojos habían visto. Inevitablemente, comenzaron a hablar y les resultó imposible ocultar aquella mágica conexión. Decidieron compartir un sorbo de café y, entre risas

y anécdotas, descubrieron que tenían mucho más en común de lo que hubieran imaginado.

El destino y el flamboyán los había unido, y a partir de ese día el árbol se convirtió en testigo de su amor. Continuaron encontrándose bajo sus ramas; sentados en sus raíces compartían momentos de complicidad, contemplaban el atardecer o simplemente hablaban sobre sus sueños y aspiraciones. Eventualmente, se casaron y tuvieron una hija. Cuando se mudaron a la casa que Guaili en el futuro llamaría hogar, sembraron un hermoso flamboyán para poder seguir viendo atardeceres juntos. El árbol se erigió como un símbolo de afecto para las generaciones venideras. Guaili quedó fascinada con la crónica familiar. El legado del flamboyán y el vínculo que guardaba entre generaciones quedaron grabados en el alma de la niña.

Hoy día la belleza del *Delonix regia* es fuente de inspiración para los caborrojeños. Aunque no es originario de nuestra isla, se estableció y persevera contra cualquier acontecimiento. Podrá perder sus flores, pero jamás su esencia. Ahora, Guaili ve, escucha

y siente al flamboyán por donde quiera que va. Lo ve plasmado en los floridos cuadros colgados en las oficinas médicas. Lo escucha en las voces de los niños que recitan poemas en su nombre. Lo siente en los versos que se componen y cantan en las calles a la sombra de una memoria perenne. Ahora todo es un eco de las historias que alguna vez le contó su amada abuela.

Guaiacum officinale

guayacán

Karelis D. Negrón Tudó y Mariela Robles Rivera

Se unen a la pena que embarga a la familia Robles y a
los pequeños retoños por el fallecimiento del querido

Guayacán

Falleció en el barrio Machuelo Abajo, Ponce
el día 18 de septiembre de 2022
a la edad de 20 años
habiendo extendido su generosa sombra,
adornado el paisaje con sus delicadas flores y
brindado su robusta y versátil madera.
Fue soporte para el terreno y
refugio para la fauna y flora de los alrededores.

D. E. P.

Sus allegados, la familia Robles y sus dos descendientes, le recuerdan como aquel brote destinado a grandes cosas…

«El Guayacán sigue vivo entre nosotros. Su legado perdura en lo que alguna vez fueron sus raíces, tronco y ramas. Hoy continúa acompañándonos en sus variadas formas. De sus raíces se hizo composta, su tronco se convirtió en tiestos que le brindan refugio a las plantas necesitadas y sus ramas se transformaron en herramientas para la vida diaria. Ahora el Guayacán es parte de los hogares de quienes lo acogieron y cuidaron por tantos años. Sus fragmentos son el recuerdo tangible de una vida al servicio de los demás».

La familia del fallecido pide que en lugar de una plegaria, siembren un árbol en su nombre.

Sobre los árboles que inspiraron las historias

He tenido muchos nombres y mucho he vivido se basa en el árbol comúnmente conocido como roble dominicano, localizado detrás del Edificio Monzón en el Recinto Universitario de Mayagüez (RUM) de la Universidad de Puerto Rico. El árbol fue medido y clasificado como uno de los árboles campeones de Puerto Rico en el año 2000 por el silvicultor John Francis. Los árboles campeones se clasifican según su altura, el diámetro de su tronco y la extensión de su copa; se les considera los más grandes, altos y antiguos de Puerto Rico. Debido a la construcción de un edificio al que está aledaño, el árbol campeón del RUM estuvo rodeado por una malla metálica por varios años; ya finalizada la construcción, dicha malla fue removida.

Con un café, pan y aguacate en mano cuenta la historia de un árbol de aguacate adquirido como un 'arbolito' en la Finca Alzamora del RUM por la madre de la autora. Ella, junto a su padre, lo sembró en el

patio de la casa de la familia en el poblado Ensenada en Guánica. El aguacatero es parte de los árboles en muchos lugares tropicales, incluyendo a las áreas urbanas de Puerto Rico. Esta historia constituye un lazo entre tres generaciones.

Cuerpo y Alma: Versados árboles urbanos es una historia basada en los árboles de ficus y almendros ubicados en la plaza de la Casa del Árbol en la costa del casco urbano del municipio de Aguadilla. En dicha plaza, algunos de los árboles están conectados por una estructura de madera a través de la cual las personas pueden hacer un recorrido. A lo largo del trayecto, hay carteles con información sobre sus características principales, así como su importancia en el ecosistema y, por ende, para el ser humano. El escrito surge de la curiosidad del autor por el nexo entre el espacio, la estructura y los árboles que allí habitan.

La naturaleza es la madre de la (re) invención es un escrito que gira alrededor de la planta de guineo y la abuela de la autora, Adelina. La planta del guineo

o bananero no es un árbol sino una planta herbácea. Sin embargo, la 'mata de guineo', como comúnmente le llamamos, coexiste con árboles y otras plantas en patios y zonas verdes en el entorno urbano y otras áreas de Puerto Rico. El guineo es además un componente importante de la gastronomía puertorriqueña y, en el caso de Adelina, se convirtió en un elemento vital para su sustento y el de su familia.

Seyba, crónica centenaria es una narración de ficción histórica que relata la perspectiva de una ceiba, un árbol emblemático del pueblo de Ponce, Puerto Rico. La narrativa abarca sus 500 años de aportación histórica, cultural y comunitaria, destacando su impacto en generaciones de personas, desde los taínos hasta la actualidad. Asimismo, alude a las consecuencias socioambientales derivadas de las alteraciones antropogénicas en su ecosistema y en el resto de Puerto Rico. La majestuosidad e imponencia de la ceiba de Ponce inspiró a la autora a hacer un homenaje de su árbol favorito.

Almendro en flor se centra en un árbol de almendro que se encuentra en la urbanización Corchado en el pueblo de Isabela. Por los últimos cincuenta años sus residentes han tenido la oportunidad de verlo crecer, perecer y renacer. El árbol, a pesar de las catástrofes que ha tenido que enfrentar, siempre ha sabido como levantarse e, incluso, reinventarse. Aun tumbado en el suelo, encontró nuevas maneras de florecer. Es un símbolo tácito de perseverancia. Por tal motivo, la autora quiso registrar su historia, en un intento por inmortalizarlo y celebrarlo.

Una carta a tío Johnny es una carta de Valeria a su tío Johnny, luego de este morir a causa de cáncer. El árbol de moringa fue sembrado en el patio de la casa de tío Johnny en Cupey, San Juan. El mismo se sembró junto con otras plantas medicinales, como una fuente de medicina natural para él y para otros miembros de la familia. Todavía sigue allí y, según la autora, el árbol le ha dado a la familia mucho; es el "*gift that keeps up giving*".

Semillero de sueños y aventuras relata los recuerdos preciados asociados a un árbol de mangó que solía estar ubicado en el patio de la casa de uno de los personajes de la historia —la abuela— en el sector Condadito Viejo, en Caguas. El árbol fue sembrado por la Sra. María Amparo Ruiz, la abuela de la autora del texto. El árbol de mangó fue un lugar de aventuras y fantasías para los niños de la familia. Así lo recuerda la autora, y así quiere preservarlo en su historia.

Las palmas de mi infancia se basa en dos palmas que se encuentran en el vecindario en el que vive una de las autoras (Sabrina Z. Vélez González) en el pueblo de Guánica. La historia surge del deseo de las autoras de constatar la existencia aparentemente indiferente de los cocoteros, además de otras especies de palmas que se encuentran en nuestro archipiélago: la palma real, la palma de corozo y la palma de sombrero. A pesar de no ser árboles, las palmeras se distribuyen a través del paisaje rural y urbano de Puerto Rico y son parte de la herencia natural y cultural de nuestra tierra, como lo constata el escrito.

El pueblo del flamboyán narra el apego que la autora siente por el árbol de flamboyán, particularmente, por dos especímenes que hay en su casa y que su bisabuelo sembró. De pequeña, la autora mostró especial interés por la historia y cultura de su pueblo, Cabo Rojo, incluyendo el porqué de su nombre. Es así como le pregunta a su abuela si sabía del porqué del nombre, a lo que la abuela le dice que, aunque no sabe, piensa que podría ser por los flamboyanes o por las tierras de las salinas. De ahí, surge el escrito. El árbol es, por lo tanto, fuente de inspiración y nexo para las distintas generaciones de la familia de la autora.

Elegía al Guayacán es una historia que nace del deseo de las autoras de conmemorar la vida y la muerte de un árbol que significó mucho para la familia Robles. El Guayacán fue sembrado por el Sr. Robles, padre de una de las autoras (Mariela Robles Rivera), en el 2005 en el patio de su casa en Machuelo Abajo, Ponce. En el 2022, después del paso del huracán Fiona, no tuvieron más alternativa que cortarlo. Aun así, el árbol continúa siendo parte de la familia en sus distintas formas.

Sobre los autores y las editoras

Estela M. Cruz García es egresada del Departamento de Biología del Recinto Universitario de Mayagüez (RUM) de la Universidad de Puerto Rico, donde completó un bachillerato en Microbiología Industrial. Actualmente cursa estudios en medicina en el Recinto de Ciencias Médicas de la Universidad de Puerto Rico.

Albert L. Cruz Toro es egresado del Departamento de Humanidades del RUM. Completó un bachillerato en Teoría del Arte y una secuencia curricular en Sociología y Política Pública Ambiental.

Camila V. Flecha González es estudiante subgraduada del Departamento de Ciencias Sociales en el RUM, donde está completando un bachillerato en Sociología y una secuencia curricular en Sociología y Política Pública Ambiental.

Joan E. Graniela Ramírez es estudiante subgraduada de Ingeniería Industrial en el RUM. También está completando una secuencia curricular en Sociología y Política Pública Ambiental.

Beverly J. Malugin Ayala es estudiante subgraduada del Departamento de Geología en el RUM. También está completando una secuencia curricular en Sociología y Política Pública Ambiental.

Tania del M. López Marrero es catedrática en el Departamento de Ciencias Sociales del RUM. Es la gestora del proyecto *Bosques urbanos: Historias, usos y significados* que inspiró este libro.

Camilla Molina Jiménez es egresada del Departamento de Biología del RUM. Completó un bachillerato en Biología y una secuencia curricular en Sociología y Política Pública Ambiental. Continúa estudios graduados en temas ambientales.

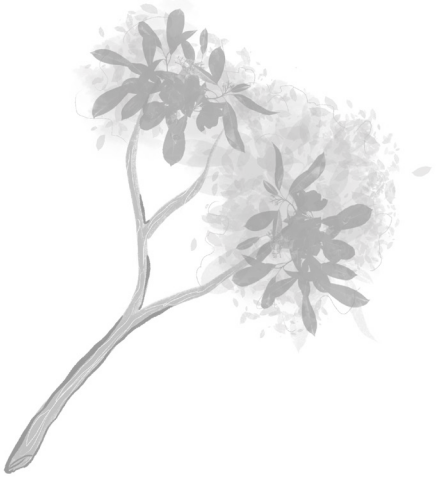
Karelis D. Negrón Tudó es estudiante subgraduada del Departamento de Humanidades del RUM. Está completando un bachillerato en Literatura Comparada y una secuencia curricular del Programa de Preparación de Maestros con especialidad en español.

Mariela Robles Rivera es egresada del Departamento de Ciencias Sociales del RUM, donde completó un bachillerato en Sociología.

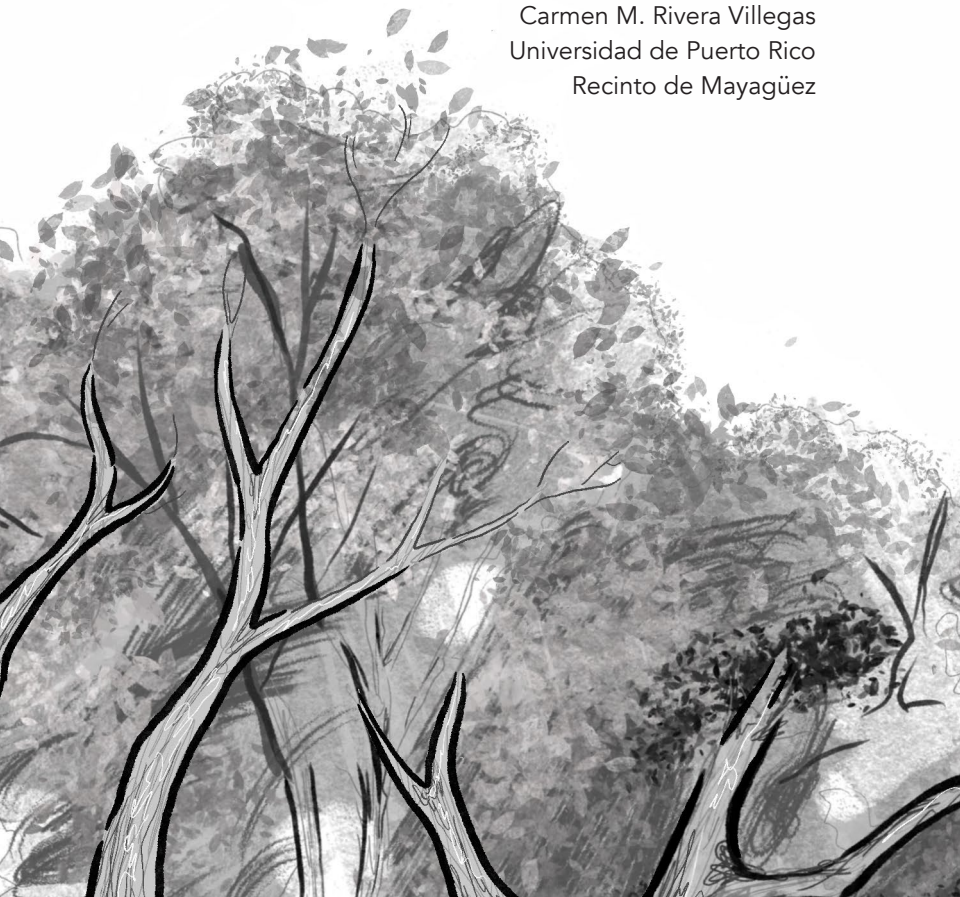
Valeria I. Sarriera Acevedo es estudiante subgraduada del Departamento de Ciencias Sociales del RUM, donde está completando un bachillerato en Sociología y una secuencia curricular en Sociología y Política Pública Ambiental.

Sabrina Z. Vélez González es estudiante subgraduada del Departamento de Humanidades en el RUM, donde está completando un bachillerato en Literatura Comparada. También está completando una concentración menor en Escritura y Comunicación en inglés.

Hernán E. Vega Camacho es egresado del Departamento de Ingeniería Civil y Agrimensura del RUM. Actualmente es estudiante graduado en el RUM, donde está completando una maestría en Ingeniería Civil.



Esta publicación es posible a través de una subvención del Departamento de Agricultura de EE. UU., Programa de Forestación Urbana y Comunitaria. El Departamento de Agricultura de Estados Unidos (USDA) es un proveedor, empleador y prestador que ofrece igualdad de oportunidades.

Los árboles son símbolo de vida, sabiduría y esperanza. Son maravillosos testimonios de nuestro paso por la Tierra. La diversidad de géneros textuales y temas que encontramos en este libro es un gran acierto. Es, sin dudas, un gran homenaje a los árboles. A los que han sido, son y serán. A los árboles de nuestra vida y de nuestra historia.

Carmen M. Rivera Villegas
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Mayagüez